

Mestizajes, exclusiones y alianzas étnicas en las pampas y el Chaco ríoplatenses

(Segunda mitad del siglo XIX)



La Argentina del siglo XIX, como Canadá, Estados Unidos, Brasil y Australia fue una gran receptora de población europea, y el discurso oficial construyó desde entonces una imagen de país “blanco” y europeizado, que la sensibilidad racista de los sectores medios y altos en América Latina han aceptado como una verdad incontrovertible.

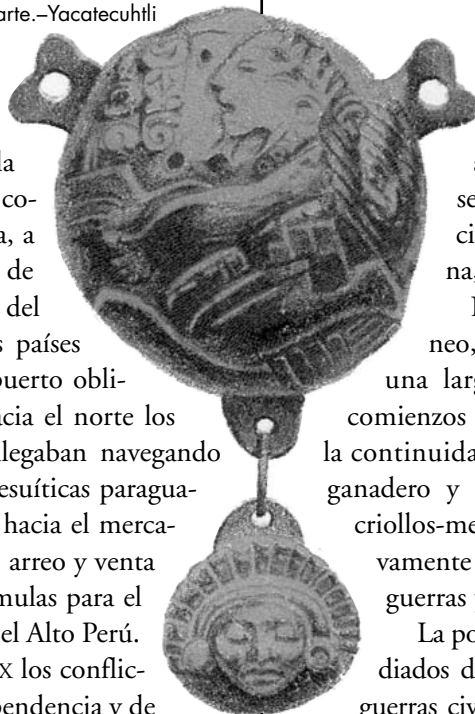
Esta imagen, construida desde el centro del poder político nacional, la ciudad de Buenos Aires, sobrevaloraba lo ocurrido en la región pampeana y menospreciaba las evoluciones históricas de las restantes regiones, en las que el impacto de la inmigración y la cultura europeas fueron menos relevantes.

En el centro de la provincia de Santa Fe, a mediados del siglo XIX, frontera entre la pampa húmeda y la región chaqueña, se inició la colonización agrícola con el aporte humano de alemanes, suizos, franceses e italianos. Y este espacio geográfico se convirtió en un peculiar laboratorio de enfrentamientos y alianzas étnicas, exclusiones y mestizajes entre criollos, mestizos, negros e indígenas con la creciente inmigración ultramarina. Este proceso no ha sido estudiado hasta ahora y su exploración puede contribuir a arrojar una comprensión más rica del pasado argentino, desde una perspectiva regional y atenta a la diversidad étnica, que contribuya a superar la mirada criolla y centralista elaborada desde el poder nacional y la riqueza terrateniente a fines del siglo XIX y principios del XX.

El espacio geográfico y social de la actual provincia de Santa Fe se fue organizando a partir de la fundación de la ciudad capital, Santa Fe de la Vera Cruz, en 1573. Un grupo de criollos y españoles provenientes de Asunción, la actual capital paraguaya, estableció el mencionado asentamiento para apoyar la navegación fluvial y desembocar en el Río de la Plata y el Atlántico meridional.

El actual territorio pampeano, hasta mediados del siglo XVIII, constituyó una región fronteriza y marginal con respecto a las tierras de minería

Oro.—Creación de marte.—Yacatecuhtli



argentífera del Alto Perú, y al comercio monopolista y la administración virreinal con asiento en la ciudad de Lima. Durante los siglos coloniales la región oriental argentina, a pesar de su mencionada condición de frontera, no estuvo desconectada del núcleo minero y comercial de los países andinos. En particular Santa Fe, puerto obligado por decisión real, expedía hacia el norte los cargamentos de yerba mate que llegaban navegando por el Paraná, desde las misiones jesuíticas paraguayas. Otra actividad que se volcaba hacia el mercado de las tierras altas era la crianza, arreo y venta en la ciudad de Salta de miles de mulas para el transporte y la actividad minera en el Alto Perú.

En la primera mitad del siglo XIX los conflictos derivados de la crisis de la independencia y de los enfrentamientos regionales posteriores, empobrecieron a Santa Fe y convirtieron la provincia en un satélite del poder centralizador del puerto, las redes comerciales y el ejército de Buenos Aires.

El comienzo de un ciclo expansivo en la economía atlántica y el derrocamiento del dictador porteño Juan Manuel de Rosas, confluyen a mediados del siglo XIX, para abrir inéditas posibilidades a toda la región pampeana. Fue entonces que la alicaída elite santafesina inauguró una política de promoción de la inmigración europea y de colonización agrícola, que tuvo su primer éxito con la fundación de la colonia Esperanza en 1856. Las familias inmigrantes precursoras fueron de origen alemán, suizo, francés e italiano.

En los años siguientes el proceso colonizador se disparó por el empuje de la demanda interna y posteriormente la exportación, y además por los intereses de los empresarios especuladores que compraban grandes extensiones y otras que recibían las empresas ferroviarias de parte de los gobiernos, como generosos estímulos para construir sus redes.

Las regiones central y norte de Santa Fe, constituían respectivamente el extremo septentrional de las pampas y el extremo meridional del Chaco, vastísima superficie boscosa poblada por diversas parcialidades indígenas de cazadores y recolectores (matacos, mocovíes, abipones,

calchaquíes, tocagüés). Fue en esta área pampeano-chaqueña donde se encontraron, chocaron y, finalmente, se amalgamaron cuatro grupos étnico-sociales: 1- el criollo-mestizo, 2- el indígena, 3- el negro, y 4- el inmigrante.

Ninguno de estos grupos era homogéneo, pero los tres primeros habían tenido una larga evolución sociocultural desde los comienzos de la colonia española. Representaban la continuidad histórica de un país poco poblado, ganadero y patriarcal, donde las relaciones entre criollos-mestizos e indígenas habían sido alternativamente de vecindad y comercio pacífico, duras guerras y verdaderas campañas de exterminio.

La población negra a su vez disminuida a mediados del siglo XIX por su participación en las guerras civiles, las enfermedades y el mestizaje, se ocupaba de tareas serviles y artesanales en la ciudad, y es la que menos rasgos culturales reconocibles ha dejado.

La irrupción masiva de los inmigrantes y la actividad agrícola extensiva significaron una ruptura revolucionaria en una sociedad que, según el escritor y político liberal Domingo Faustino Sarmiento, había heredado de la colonia “vacas, vacas, vacas”, y seguía gobernado por las vacas.

Los primeros contactos entre poblaciones tan disímiles, a pesar de la buena disposición de los terratenientes criollos que controlaban el estado provincial, estuvo signado por un desencuentro profundo de identidades culturales. Los primeros agricultores de Esperanza araban con el fusil en bandolera en previsión de un ataque indígena. Aparte de las diferencias idiomáticas —los inmigrantes hablaban alemán, francés, italiano— y aún religiosas —entre los agricultores había protestantes y más tarde judíos— las diferencias más notorias se referían al tipo de trabajo y alimentación de los inmigrantes y los antiguos hijos del país.

Tanto el hacendado criollo como su peón mestizo, acostumbrados al bravío trabajo ganadero en la pampa apenas delimitada por las enormes estancias, observaban con acusado desdén al agricultor que laboraba de a pie sobre una pequeña extensión y para colmo se alimentaba de “yuyitos”. Este era el sustantivo despectivo



de raíz quechua que usaba la población criollo-mestiza para donominar a los cereales y las hortalizas.

Los “cristianos”, es decir, los auténticos hombres, trabajaban a caballo con el ganado vacuno o mular, consumían carne asada acompañada de abundantes mates, y pulsando la guitarra cantaban en “castilla”. En resumidas cuentas, los recién llegados con sus incomprensibles lenguajes y además, en algunos casos, su explícito rechazo a la Iglesia, propiciaban un contundente rechazo étnico.

Los europeos, por su lado, no miraban con mayor benevolencia a los peones o pequeños propietarios ganaderos, comúnmente conocidos como gauchos. Enrique Vollenweider, administrador suizo de la colonia San Carlos, anota en su diario que dos “españoles” habían pasado la noche en la colonia, y en su escritura en alemán los denomina con un sustantivo profundamente peyorativo, que se usaba para denigrar a los negros africanos.

A medida que se multiplicaban las colonias y crecía la superficie cultivada, las relaciones entre los agricultores europeos y la población mestiza-gaucha sufría alternativas de colaboración económica y reyertas sangrientas, dentro de un clima cultural de generalizada desconfianza. Los escasos agricultores o peones mestizos ayudaron en las primeras siembras o se incorporaron como asalariados en los periodos de cosecha, pero cuando chocaban con los europeos por las incompatibilidades de sus respectivas culturas, por ejemplo, el alambrado de los campos que impedía el libre tránsito de hombres a caballo, las autoridades provinciales apoyaban a los inmigrantes.

Los viejos prejuicios raciales y la crónica escasez de brazos llevaron a la oligarquía santafesina a favorecer la inmigración y a culminar la persecución contra “vagos y malentrenidos”. Los inmigrantes eran vistos como portadores del progreso, y la población pampeana libre como sobrevivencia del atraso colonial. Para los terratenientes criollos, en síntesis, lo europeo era sinónimo de civilización, y la

población pampeana y chaqueña —mestizos e indígenas— reductos de barbarie que había que domesticar o eliminar.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, la elite santafesina fue adoptando ideas y usos cotidianos, proyectos educativos y estilos arquitectónicos importados de Europa occidental, que la alejaba cada vez más de mestizos y negros, y la acercaba a los colonos más exitosos que se irían incorporando a la estrecha minoría de la riqueza y el poder.





En Esperanza y colonias posteriores se editaron periódicos en alemán, francés e italiano, y los gobiernos criollos fundaron escuelas y se preocuparon por la formación de maestros, con el objetivo de nacionalizar a esta población heterogénea y convertir a sus descendientes en auténticos argentinos. Sin embargo, esta política educativa que transmitía en excluyente castellano, la versión liberal-oligárquica del pasado argentino, no tenía entre sus objetivos formar ciudadanos. Las familias tradicionales controlaban férreamente el poder provincial, bloqueaban la naturalización de los inmigrantes y restringían la participación política de sus descendientes.

El proyecto criollo ni siquiera ofrecía las limitadas posibilidades que abría a los inmigrantes a la población

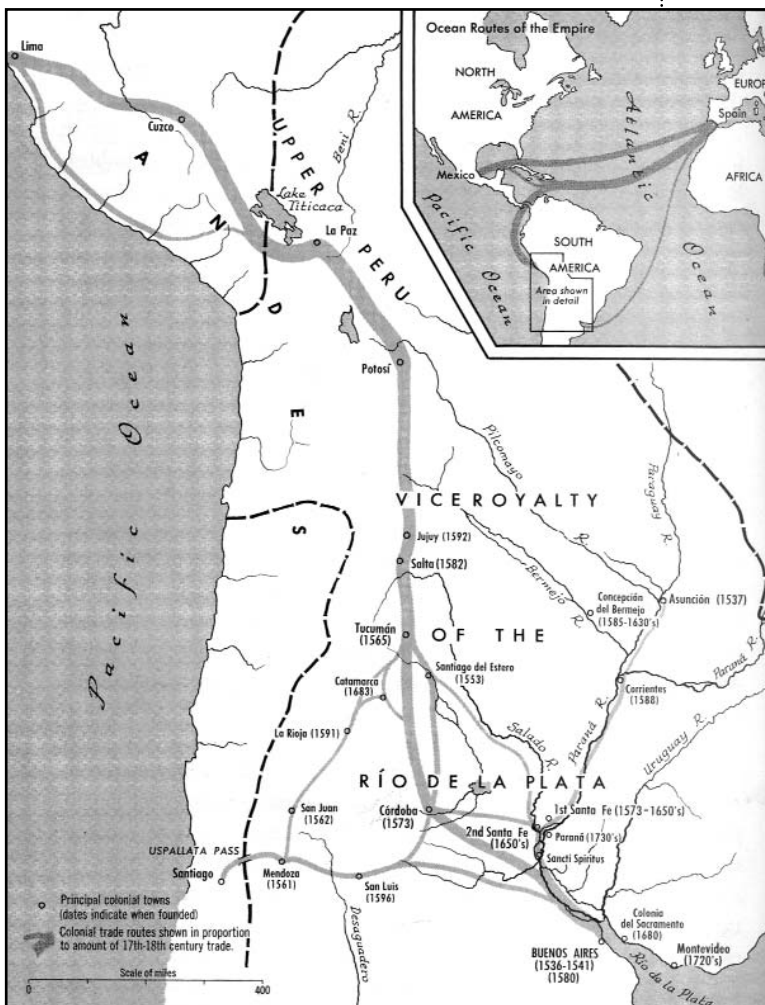
subordinada de mestizos, negros e indígenas; aunque hubo algunos intentos de formar colonias agrícolas con mestizos e indígenas que fracasaron. La cultura pastoril de los mestizos y la recolectora-cazadora de los indígenas no pudieron competir con el bagaje de cultura campesina y agraria que facilitó la exitosa inserción de los europeos en la pampa y el Chaco. Ni compartían la ética de rápido enriquecimiento personal que motivaba a los inmigrantes y que iba ganando la mentalidad criolla.

Los negros, grupo étnico que arrastraba el prejuicio negativo de viejo origen colonial, fueron desapareciendo por las enfermedades, el servicio militar y el frecuente mestizaje, perdiendo totalmente sus lenguas y los rasgos culturales que aportaron a la sociedad colonial y republicana temprana.

Para la población rural no subordinada a los estancieros y para las parcialidades indígenas, la Argentina liberal y expansiva, demostró que el nuevo orden implicaba el uso sistemático de la violencia genocida y etnocida.

En la segunda mitad del siglo XIX culmina la persecución contra los pequeños ganaderos y la población libre no integrada al trabajo de las estancias criollas ni de las recientes colonias agrícolas. La legislación contra “vagos, malentendidos y mujeres malatinadas”, autorizaba a la policía a perseguir y exterminar a todos aquellos que no tuviesen de patrón a un terrateniente ganadero. La pequeña propiedad no era compatible con la modernización latifundista de la actividad pecuaria.

A los grupos indígenas con los que desde los siglos coloniales la sociedad mestizo-criolla había tenido relaciones intermitentes de guerra y comercio, exterminio y mestizaje, en el nuevo orden neocolonial no le quedó otra perspectiva que la del sometimiento o el genocidio. El avance de la colonización agrícola hacia el norte fue prefigurando este inédito horizonte de nuevas y agudizadas contradicciones étnicas. En algún asentamiento suizo se encontraban adolescentes indígenas maticos que hablaban alemán, pero en general, las



relaciones entre los agricultores y los nativos fueron de mutua hostilidad. Rodear el poblado agrícola de una empalizada de troncos para resistir los asaltos indios prueba el temor de los colonos, que rápidamente pasaron a la ofensiva y se internaron en los bosques para “cazar” indios.

La presión combinada de los colonos y de las autoridades provinciales empujaron a un sector de la población rural mestiza a refugiarse en los territorios indígenas, y a combinar sus menguadas fuerzas para resistir la invasión criollo-inmigrante. Fue así que en 1872 una partida de quinientos “vagos y malentretidos” e indígenas mocovíes se lanzaron sobre la recién fundada colonia militar denominada “Reconquista”. Pero estas acciones defensivas y desesperadas no pudieron contener la aplanadora “civilizatoria”, menos aún cuando el gobierno provincial comenzó a enajenar enormes extensiones del territorio chaqueño para pagar deudas a los banqueros ingleses. Pronto se iniciaría la explotación en gran escala de los bosques de quebracho, y la población mestiza e indígena sobreviviente pasarían a integrar un proletariado miserable.

En las prósperas colonias del centro santafesino basadas en la pequeña propiedad, los inmigrantes y sus descendientes crearon diversas instituciones culturales —periódicos, coros, clubes de tiro— que enriquecieron la vida social y los inclinaron a la oposición política, para abrir el sistema oligárquico a una auténtica democracia municipal y provincial.

Los años finales del siglo XIX y los iniciales del siglo XX parecían confirmar el éxito del proyecto oligárquico-imperialista: rápida expansión económica, población “blanqueada” y usos cotidianos crecientemente europeizados. Se propagaba el consumo del pan de trigo y de las hortalizas, pero la base la alimentación seguía siendo la carne vacuna y el tradicional mate acompañaba muchos momentos de la vida individual y familiar.

Los años de 1893 y 1904 fueron altamente simbólicos de las exclusiones y mestizajes sobre las que se construyó la orgullosa Argentina de los ganados y las mieses, a la que cantara Rubén Darío.

Los seguidores del Partido Radical, integrantes de los sectores medios emergentes

aunque marginados del poder político, se lanzaron en dicho año de 1893 a un decidido intento de derribar por las armas al excluyente y autoritario poder criollo. A la capital provincial la tomaron los revolucionarios armados que se desplazaron desde la colonia Esperanza, enarbolando banderas argentinas y suizas. En el año de 1904, hartos de los atropellos de las autoridades locales, varios cientos de indígenas, encabezados por un grupo de líderes mesiánicos, se levantaron en armas y atacaron la colonia San Javier.

Ambos desafíos al orden establecido resultaron derrotados: los indígenas duramente reprimidos y dispersados fueron los grandes perdedores; los radicales lograron acceder al poder provincial en 1912.

El tipo humano resultante de este complejo proceso de mestizajes, alianzas y exclusiones sería visto en 1903 por el viajero francés Jules Huret como pujante y optimista, y exageradamente confiado en sus posibilidades; estado de ánimo que las familias tradicionales expresaban en un aforismo contundente: “Dios es criollo”. José Vasconcelos, veinte años más tarde, al ensalzar “la prestancia criolla de los argentinos”, registraba con particular perspicacia qué identidad profunda había contribuido más a definir la personalidad nacional dominante.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Juan, *Historia de Rosario*, Buenos Aires, s/e, 1943.
- Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Gallo, Ezequiel, *Colonos en armas. Las revoluciones radicales en la provincia de Santa Fe*, Buenos Aires, Instituto Di Teila, 1977.
- , *La pampa gringa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1982.
- Rodríguez Mola, Ricardo, *Historia social del gaucho*, Buenos Aires, CEAL, 1986.
- Sbarra, Noei H., “Historia del alambrado en Argentina”, Buenos Aires, Eudeba, 1964.
- Scobie, James, *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1967.
- Schobinger, Juan, *Inmigración y colonización suizas en la República Argentina*, Buenos Aires, s/e, 1963.
- Tur, Carlos M. y J. Alberto Tur, “El marco histórico”, en *Santa Fe: el paisaje y los hombres*, Rosario, Editorial Biblioteca, 1971.
- , *La conquista de la pampa por la colonización gringa*, en *Revista Agro Nuestro*, Rosario, 1971.

